

MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere: *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*. Barcelona, Crítica, 2008, 320 págs., ISBN: 978-84-8432-006-7.

*Hispania*, 2008, vol. LXVIII, nº. 230, septiembre-diciembre, 821-869, ISSN: 0018-2141, pp. 893-896.

En este libro se analiza la dictadura franquista a partir de 1945 y llega hasta su «desmantelamiento». Los autores, lejos de habituales cesuras historiográficas en 1959 que separan el primer y el segundo franquismo, lo presentan como un todo, como un régimen que, nacido antes, sobrevivió a la victoria aliada. «Posiblemente —escriben—, una parte destacada de los análisis que se han hecho sobre el franquismo han infravalorado la fuerte continuidad, tanto personal como ideológica, en la trayectoria del régimen» (pág. 63). Como «superviviente» logró reenderezar sus relaciones con los países del entorno gracias a la guerra fría, consiguió ser aceptado a la nueva circunstancia internacional en los primeros años cincuenta, canceló —empujado por los números rojos— la opción autárquica en 1957-59, permitiendo que la economía española participara del crecimiento que experimentaban las europeas, procuró adaptarse a las transformaciones sociales de los sesenta, pero envejeció al tiempo que lo hacía su dictador, entrando en fase agónica a partir de 1969, manifestando sus fisuras internas en «la crisis de 1970», y se derrumbó en los años siguientes, herido de muerte por las movilizaciones sociales y la desorientación e incapacidad de los dirigentes, apesados por contradicciones doctrinales y políticas, tensiones entre sectores, confusión programática y hasta desaliento.

El libro, pues, está organizado en dos partes: supervivencia (1945-1970) y agonía (1970-1977). En ambas, los autores nos hacen sentir la polifonía de aquel discurso, su retórica, matices, disputas, reiteraciones, los anhelos para adaptarse sin desnaturalizarse, introducir novedades que nunca llegaron a alterar la fuente del poder. La supervivencia, desde 1945, fue su proyecto de futuro. El trabajo, además, explica «desde dentro», desde la voz de sus agentes, basándose en documentación no explorada hasta ahora, entre la que destacan materiales procedentes del Consejo Nacional del Movimiento, revitalizado en 1957, Secretaría del Movimiento, Presidencia del Gobierno, diarios de sesiones de Cortes, gabinete de Enlace, hemeroteca y memorias de políticos.

El libro nos muestra que la supervivencia fue asumida, con estrategias distintas, por la mayor parte de dirigentes (aunque no faltó quien en 1945 propuso a Franco «licenciar» la Falange —Serrano Suñer—). Se trataba de «aguantar», dijo Carrero (pág. 11), lo que comportaba reformular el régimen, adaptarlo al entorno hostil, airear el catolicismo y el anticomunismo, definir España como reino, abrir la dictadura al «desarrollo institucional» de una «democracia orgánica» superadora de los «vicios» de la democracia liberal y fundamentada en los Principios del Movimiento. No obstante, la sensación de provisionalidad —el libro está lleno de testimonios— merodeó en muchos dirigentes franquistas: «lo que ocurre —decía Fernández Cuesta en 1970— es que en el subconsciente de muchos está el convencimiento de que es inevitable que a la desaparición de Franco, desaparecerá el Régimen» (cit. pág. 156). En todo caso, hasta que eso llegó, la idea fuerza de la clase política franquista fue sobrevivir, y sobrevivir era «reafirmarse en el ser», dijo Jesús Fueyo en 1962 (pág. 66).

En el libro se explica cómo modularon las diversas estirpes franquistas ese «reafirmarse en el ser». Se desgranán propuestas, conflictos, divergencias de programa y tensiones de tecnócratas y falangistas, que, desde 1957, «se fueron conformando con nitidez», en torno a la Presidencia y a Luis Carrero Blanco los unos, y a la Secretaría Nacional del Movimiento y José Solís, los otros (pág. 59). Desde ese año ya no fue posible la «unidad interior» que se había impuesto en 1937 ni en 1945 (el «orden, unidad y aguantar» de Carrero. Desde 1957, «la unidad quedó severamente dañada..., las tensiones internas se solidificaron y el pulso continuó, convirtiéndose en uno de los elementos de la crisis del régimen» (pág. 34). Los avatares de este «pulso» (cuyas raíces se remontan a los años treinta) esmaltan la historia política del régimen.

Los tecnócratas del Opus Dei —explican los autores— ambicionaban una monarquía católica, autoritaria, asentada sobre las bases del Movimiento y apostaban por la modernización económica, eficacia en la administración y una sociedad apolítica y desmovilizada: «modernización del capitalismo español con una concepción radicalmente autoritaria del poder político» (pág. 37). Los falangistas nunca pusieron dificultades «serias» al desarrollo económico, pero «querían fijar el modelo político» (pág. 28), a lo que también aspiraban los tecnócratas. Además, los falangistas entendían que la supervivencia del régimen se fundamentaba en la participación «responsable» de los españoles en política, una participación activa, jerarquizada y controlada, dentro del Movimiento, marco organizador de «cauces reguladores» que garantizaran la «fertilidad y la vigencia» de los Principios (Franco dixit, pág. 117); apostaban por una Organización Sindical con cierta autonomía, pero bajo la jerarquía y control de los falangistas; apostaban por una prensa abierta a iniciativas nuevas. «Ya no estamos —dijo Fraga— en la España del 31 y del 36... nosotros estamos ya preparando la España del futuro» (pág. 93). Tecnócratas y falangistas chocaron en casi todo y, sin duda, en la institucionalización del régimen: la Ley Orgánica del Estado.

Pero las desavenencias no impiden, aunque empañan, la unidad en lo fundamental. Los autores muestran cómo el régimen nunca se abrió a «cualquier proceso de democratización que culminara con la extinción del franquismo» (pág. 217). Cerró el paso a lo que no fuese estrictamente «el régimen». En la ley de asociaciones de 1964, por ejemplo, según explicó el procurador Bau Nolla, no se trataba de abrir el camino «a los nuevos caballos de Troya que andan por el mundo actual» (pág. 83); en mayo de 1975, Herrero Tejedor explicaba que España tenía una «constitución abierta» —así llamaba ya por entonces a las Leyes Fundamentales—, «pero no abierta a quienes entran a saco en ella para alterar sus principios esenciales, modificar su equilibrio de fuerzas o derrumbar sus paredes maestras» (pág. 217). En agosto de 1976, Lamo de Espinosa proponía, aunque sin éxito, el recurso de contrafuero a la ley de asociación política aprobada por las Cortes poco antes (aunque sin modificar el código penal) y que posibilitaba crear asociaciones al margen del Movimiento (pág. 248). El franquismo mantuvo sus banderas, cada vez más ajadas, hasta el final.

Por eso el trabajo de Molinero e Ysàs no solo argumenta los ingentes y contrapuestos esfuerzos para lograr la continuidad de la dictadura. Tiene una segunda aportación: «Es del todo insostenible —advierten al principio— el vínculo entre las propuestas de reforma ‘del’ régimen, justamente para lograr que continuara sobreviviendo, con el proceso de cambio ‘de’ régimen que se materializaría durante la transición a la democracia» (pág. 5). Si una conclusión saca el lector es que la transición a la democracia, a diferencia de otras interpretaciones, no se debió a ninguna «evolución

natural» de la dictadura ante una oposición impotente y una sociedad pasiva. La transición no fue un «perfeccionamiento de nuestro sistema político», por decirlo con Arias (pág. 233). Más bien lo que el libro muestra es el agotamiento del franquismo.

Los pequeños pasos de sus reformas fueron desbordados por las demandas sociales y los dirigentes del régimen más que «adelantarse a los cambios» se dedicaron, desde los sesenta, a «no ser arrollados por ellos» (pág. 162). Los tecnócratas consideraron que la sociedad satisfecha económicamente sería reducida a pasividad, y fracasaron. Los falangistas creyeron poder atraer a «estudiantes con inquietudes», «abrir cauces» políticos, crear asociaciones dentro del Movimiento, integrar a obreros en la Organización Sindical... y comprobaron que no sólo les ponían zancadillas los del Opus Dei, sino que la sociedad vivía de espaldas a sus desvelos. Fracasaron, en fin, los reformistas del propio régimen de los que Fraga es emblema: su reforma, debatida los primeros meses de 1976 en un contexto de movilización social, produjo perplejidad al grueso de la clase política franquista, a la que le parecía «un producto híbrido que mezcla lo orgánico con lo inorgánico», según informó el Consejo Nacional (pág. 245), y embarrancó.

La reforma del gobierno Suárez, planteada para poder conseguir «apoyos extramuros del régimen», aún con indefiniciones e incertidumbres, permitía dismantelar el régimen. Aunque sus promotores la presentaron como «compatible» con la legislación de la dictadura y «paso natural» de ésta a la democracia, no era ni lo uno, ni lo otro. Los sucesos que siguieron a su aprobación «fueron decisivos para que el gobierno y la oposición alcanzaran los acuerdos mínimos para la celebración de unas elecciones que pudieran considerarse libres» (pág. 261). En consecuencia, la transición a la democracia que nos presenta este libro no se diseña como obra de reformistas del régimen, sino como un cambio que rompe con el régimen. No era una democracia otorgada por franquistas comprensivos, sino arrancada por una sociedad activa que llevó a fracasar las iniciativas anteriores.

---

Marc Baldó Lacomba

Universitat de Valencia